

La caridad y la transformación social deben comenzar en casa*

Dean Brackley**

El aniversario de nuestros mártires nos hace pensar en tantos amigos y amigas solidarios. Tenemos a tales, por ejemplo, en la Universidad de San Francisco, California, también de los jesuitas. De ahí acabamos de recibir una noticia que es oportuno compartir. Se trata del equipo de fútbol norteamericano del año 1951, de esta universidad hermana. El equipo de ese año terminó su temporada invicto. Como era de esperarse, recibió una invitación a participar en uno de los prestigiosos campeonatos de postemporada: los famosos tazones. Pero la invitación incluyó una condición. Tenían que jugar sin la participación de los dos afroamericanos del equipo, pues el partido se iba a realizar en el sur de Estados Unidos, conocido por la segregación de blancos y negros, y la discriminación racial. En esa época, además, un equipo mixto, de negros y blancos, era poco común. Al enterarse de la condición impuesta, los 38 jugadores y su técnico no dudaron. Respondieron con unanimidad: o jugaban todos o no jugaba nadie. Rechazaron la oferta, junto con el prestigio nacional y un gran premio monetario. Este último hubiera permitido a la Universidad continuar con su costoso programa de fútbol. Cuando rechazó la invitación, se tuvo que terminar ese programa. Hasta el día de hoy, la Universidad de San Francisco no cuenta con un equipo de fútbol.

Aunque muchos de los miembros del equipo de 1951 llegaron a jugar profesionalmente y tres de ellos entraron en el salón de la fama del fútbol profesional, el drama de la invitación al tazón y su rechazo cayó en un olvido casi total. Casi, pero no del todo. Justamente el mes pasado, los miembros del equipo de 1951 —casi todos ellos siguen vivos— recibieron una invitación a asistir este año al tazón que les fue negado. Recibirán honores especiales en el medio tiempo del Tazón Fiesta de Arizona; honores por su extraordinario desempeño en 1951, pero sobre todo por su valiente decisión ética y su testimonio de fraternidad y defensa de la igual dignidad humana. Para el equipo, coherentes ante el racismo imperante, la verdad y la justicia tardaron cincuenta y seis años, pero han llegado. “El arco moral del universo es largo”, solía decir Martin Luther King, “pero inclina hacia la justicia”.

* Texto de la solemne eucaristía del XVIII aniversario de los mártires de la UCA, ofrecida el 16 de noviembre de 2007.

** Catedrático del Departamento de Teología y encargado de la parroquia universitaria “Jesucristo Redentor”, UCA.

Esta historia se une a las lecturas que escuchamos para animarnos. Así será también para los mártires de la UCA y para las niñas y niños de El Mozote, para los masacrados del río Sumpul y tantos y tantas más. Vendrá el día, y no tardará. La verdad brillará como el sol y la justicia llegará. Señor, te pedimos que lleges pronto para nosotros. ¡No queremos esperar 56 años!

Agradecidos, recordamos a nuestros mártires y no por mera nostalgia, sino para animarnos. Quienes los conocían saben bien que ellos, incluyendo a Elba y Celina, nos animarían a seguir adelante y a no mirar atrás, o solo mirar atrás para mejor seguir adelante. El libro del Sabio nos asegura hoy que no murieron en vano. La causa del Reino por la que ofrendaron sus vidas prosperará. Otro mundo no solo es posible; con Jesús, ya comenzó. Falta ver la victoria final, pero saldrá la luz de la verdad; las víctimas tendrán su recompensa; triunfará la justicia de Dios. Son buenas noticias, y necesarias, cuando nos rodean tantas malas que nos tientan a pensar que las cosas no pueden cambiar, que los poderosos siempre salen ganando y que lo mejor que podemos hacer es comprar y disfrutar, y, si no, emigrar.

No lo creemos. Caer en esa tentación sería traicionar la memoria de Jesús y de quienes tratan de seguirlo. Hacemos justicia a la memoria de nuestros mártires entregándonos a la misma causa. Para la comunidad universitaria, esto significa cumplir con nuestra misión en el mismo espíritu de un Martín-Baró, un Ellacuría y un Montes, no imitándoles servilmente, sino respondiendo a los desafíos actuales con la misma creatividad que les caracterizaba a ellos.

Nos legaron una universidad de inspiración cristiana, una universidad diferente, para el siglo XXI. La UCA tiene su centro fuera de sí. Responde a ese drama de Lázaro y el rico epulón que define la realidad nacional y regional, ya trenzada con realidades y dinámicas globales. Nos comprometemos a conocer esa realidad mejor que nadie, primero Dios, y a responder coherente y universitariamente. Recordemos brevemente cómo es esa realidad que hay que saber y a la que hay que responder.

En este año, la violencia nos arrebató a dos colegas queridos: Carolina Canizález de López, de la Dirección de Informática, y Mario Amílcar Moreno, estudiante de Arquitectura; este último asesinado cuando regresaba de oriente donde ayudaba a construir viviendas para familias pobres. Son tragedias que nos recuerdan cómo vivimos en medio de la crueldad y la inseguridad. Esta violencia es síntoma de una patología social más honda, de injusticia y desigualdad.

Nos dicen que vivimos en un país de renta media. Eso sería un consuelo si no fuera por la verdad elemental de que la mayoría de los países del mundo son pobres. Por eso muchos países de renta media son pobres, y somos uno de ellos. Pues a pesar de los datos oficiales, la gran mayoría de nuestra población, igual que en los países vecinos, sigue siendo pobre. La etiqueta de "renta media" engaña más aún, porque vivimos en la región más desigual del planeta. Nuestros ricos epulones presiden una sociedad donde se excluye a la mayoría de una participación social digna de seres humanos y donde la miseria de Morazán y de Ahuachapán hace la competencia con condiciones similares en África y Haití.

Mientras, en general, la desnutrición crónica ha bajado en América Latina y el Caribe, la FAO nos informa que ha aumentado en Centroamérica. El Banco Mundial especifica que en El Salvador, Honduras y Nicaragua un tercio de los niños y niñas menores de cinco años sufren desnutrición crónica. En Guatemala, la cifra llega a un 50%.

Las malas noticias abruma: delincuencia multiforme, desigualdad económica y de género, emigración masiva, familias debilitadas, un gobierno privatizado, democracia y Estado de derecho enfermizos, deficiencias graves del sistema electoral, corrupción generalizada y presente en altos niveles del gobierno, un sistema tributario regresivo, injusto y con evasión masiva de impuestos, medios de comunicación serviles y parciales, y niveles ínfimos de gasto social. Me dicen en el Hospital Rosales que ahí necesitan dos veces más de lo que el Gobierno autoriza por medicinas y que mucha gente muere por eso. Acabamos de aprender que somos uno de los cuatro países en América Latina con las tasas más altas de SIDA.

Las noticias malas abundan, pero no son las únicas. Si somos un país polarizado socialmente, lo somos moralmente también. Donde abunda el pecado, como dice el apóstol, sobreabunda la gracia. No hay que ir lejos: piénsese en nuestro colega Javier Ibisate, S.J., que falleció en febrero después de 40 años de servicio en la UCA. Recordemos no solo su calidad académica y su producción prodigiosa, sino sobre todo su gran bondad: la fina atención a estudiantes y colegas, el servicio a la iglesia local y al país. Piénsese en María Julia Hernández, doctora honoris causa de la UCA que falleció en marzo, paladina de la causa de la justicia en el caso de nuestros mártires en particular, y directora de ese tesoro nacional, Tutela Legal. Piénsese en el estudiante comprometido, Mario Amílcar Moreno, que mencionamos. Piénsese en Manuel Roberto Saladrigas, querido coordinador de instructores del Departamento de Administración de Empresas, que falleció al inicio de este semestre. Desde su silla de ruedas supo entregarse con gran dedicación a los demás.

Como nuestros mártires, estos testigos nos recuerdan cómo sobreabundan la fe, la esperanza y la solidaridad en el país; y da la impresión que abunda más entre quienes menos tienen y menos temen perder. “Dios ha escogido a los que en este mundo son empobrecidos para que sean ricos en la fe”, nos dice Santiago hoy.

A esta realidad de pecado y de gracia hay que responder universitariamente, por medio de la proyección social, la investigación y la docencia. Hay mucha oscuridad por esclarecer, mucha mentira por desenmascarar, mucha injusticia por denunciar, muchas propuestas positivas que es necesario ofrecer.

En esta tarea, las comunidades pobres no pueden ser meras beneficiarias de nuestra producción intelectual. Para realizar su misión, la Universidad necesita a los y las pobres tanto o más que ellos nos necesitan. Son nuestros socios y muchas veces maestros. Proponen las preguntas, y son las preguntas, en persona, a las que hay que responder. Nuestros estudiantes, en su mayoría de

A esta realidad de pecado y de gracia hay que responder universitariamente, por medio de la proyección social, la investigación y la docencia. Hay mucha oscuridad por esclarecer, mucha mentira por desenmascarar, mucha injusticia por denunciar, muchas propuestas positivas que es necesario ofrecer.

clase media, necesitan dejarse impactar por la realidad de estas comunidades pobres. Tal vez habrá que brindar más recursos al Centro de Servicio Social para que estas experiencias sirvan más a abrir horizontes y se integren mejor en la formación académica.

Como bien sabemos, esta formación no puede limitarse al aprendizaje de técnicas rentables de las profesiones. Además de adiestrar en las necesarias capacidades de medir y cuantificar, y de comunicar la verdad de los hechos, queremos formar a personas capaces de comprender el sentido de la vida, sensibles ante el sufrimiento y preparadas para discernir, planificar y transformar la realidad. Para nosotros en la UCA, poder reconocer y ponderar valores no es algo aparte del rigor académico, sino parte esencial de él. Nos comprometemos a contribuir a la formación integral no solo ayudando a nuestros estudiantes a desarrollar su profesión, sino también a asumir su vocación más profunda de amar y servir.

En la Universidad buscamos comprender el sentido de la vida. En la eucaristía, celebramos su sentido más hondo: cómo Dios en su amor nos libera del pecado para vivir en comunión con Él y los demás. El secreto más profundo de nuestras vidas, y lo que vemos en nuestros mártires, es aquel diario morir al egoísmo y resucitar a la vida nueva y eterna. Así participamos en el misterio pascual de Jesús.

En tiempos postmodernos de pluralismo insuperable y desorientación, ¿no habrá que fortalecer las humanidades en todas las carreras, para ayudar a nuestros estudiantes a comprender mejor el sentido de la vida? En estos tiempos, ¿no es peligroso si se gradúan con técnicas de primera en su profesión y sólo un conocimiento de primera comunión en la fe cristiana? Creo que sí, y no solo para el individuo, sino también para el futuro de la fe que motivó a un monseñor Romero, y por eso mismo, peligroso para el futuro del país. De ser así, habrá que fortalecer las ofertas de Teología y de pastoral universitaria.

La caridad debe comenzar en casa, y la transformación social también. Cumplir con nuestra misión requiere coherencia al interior de la UCA. La mayoría de nosotros no somos ni Lázaro ni el rico epulón, sino de aquella clase media que apenas existía en tiempos de

Jesús. ¿Qué nos toca? Pues nos toca practicar la solidaridad y, lejos de distanciarnos de los pobres en nuestras formas de consumo, acercarnos más a ellos, defenderlos y sufrir las consecuencias. Nos toca superar las discriminaciones ancestrales, que anteceden a la UCA por mucho, forjando relaciones nuevas, más humanas e igualitarias. La tentación de soberbia para el intelectual es grande: “La ciencia hincha”, nos dice San Pablo, “el amor en cambio edifica” (1 Co. 8,1). Los títulos de “doctores”, “licenciadas” y “padres” también tienen su peligro. La señora que asea el aula no es menos que el catedrático estelar, ni el jardinero que el decano. El producto de su trabajo pueda que contribuya menos o que requiera menos preparación, pero no por eso es trabajo menos digno o necesario. Y la persona que lo realiza tiene la misma dignidad que el administrador o el papa mismo. Todos reconocemos que hay que mejorar mucho la estructura de remuneración entre nosotros para adecuarla con la doctrina social cristiana.

He dicho que en la Universidad buscamos comprender el sentido de la vida. En la eucaristía, celebramos su sentido más hondo: cómo Dios en su amor nos libera del pecado para vivir en comunión con Él y los demás. El

secreto más profundo de nuestras vidas, y lo que vemos en nuestros mártires, es aquel diario morir al egoísmo y resucitar a la vida nueva y eterna. Así participamos en el misterio pascual de Jesús.

Vivimos entre crucifixiones y resurrecciones diarias. Nos rodea mucha inhumanidad y muerte, pero también mucho amor y vida. Nuestras lecturas aseguran que las primeras pasan, los segundos perduran para siempre. Pues ¡manos a la obra! Nos dice el Sabio, en la primera lectura: “El justo aguantará firme y lleno de confianza frente a los que lo oprimieron y se burlaron de sus sufrimientos [...] Quienes son justos [...] viven por siempre; Dios cuida de ellos. Él, con su diestra los protegerá y los defenderá con su brazo”.